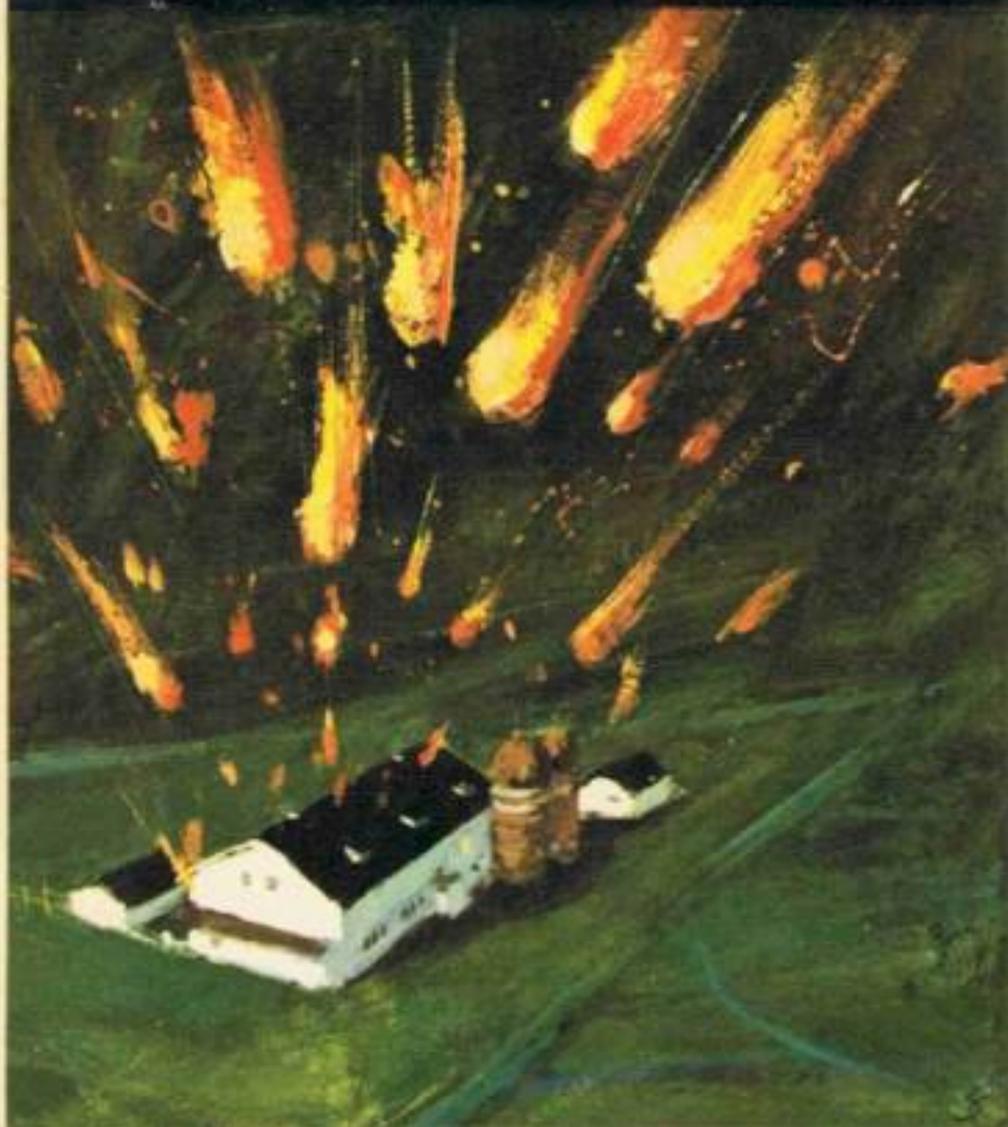


# CIENCIA FICCIÓN 16



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

## Contenido

Presentación: *SF y desmitificación*, Carlo Frabetti.

*Calliope, Gherkin y el monstruo yanqui (Calliope and Gherkin and the Yankee-Doodle Thing)*, Evelyn E. Smith, 1969.

*Saliva (Drool)*, Vance Aandahl, 1968.

*El Gambito Von Goom (Von Goom's Gambit)*, Victor Contoski, 1966.

*Alma latente (Dormant Soul)*, Josephine Saxton, 1968.

*El árbol de saliva (The Saliva Tree)*, Brian W. Aldiss, 1965.

# PRESENTACIÓN

## SF y desmitificación

*Se ha dicho a menudo que la SF<sup>[1]</sup> es la mitología de la era tecnológica; pero esta apreciación desvirtúa el verdadero significado sociocultural del género, más que ayuda a su comprensión.*

*Pues casi se podría decir que la SF es todo lo contrario a la mitología, ya que, con sus extrapolaciones, constantemente pone el acento en el hecho de que lo que en unas épocas pareció maravilloso o sobrenatural, posteriormente ha sido explicado por la ciencia.*

*Pero no sólo en el aspecto científico (sugerir interpretaciones racionales de fenómenos más o menos asombrosos) ejerce la SF su función desmitificadora, sino que el plantear situaciones insólitas contribuye, a menudo, a arrojar nueva luz sobre determinadas cuestiones que la tradición nos induce a contemplar de forma acrítica, a considerar «naturales» por el mero hecho de que siempre han sido así. Y en esta capacidad de distanciamiento de la SF reside tal vez su mayor fuerza crítica.*

*En Alma latente, donde los tradicionales ángeles y diablos se nos aparecen como dos razas extraterrestres enfrentadas, tenemos un claro ejemplo del primer tipo de desmitificación (ofrecer una interpretación natural de un fenómeno considerado sobrenatural), mientras que Calliope, Gherkin y el monstruo yanqui o Saliva, cada uno a su mane-*

*ra, ponen de relieve determinados prejuicios de nuestra sociedad mediante el distanciamiento derivado de situaciones extraordinarias.*

*En El árbol de saliva, finalmente, se riza el rizo y la SF se desmitifica a sí misma, al plantear deliberadamente una situación «clásica» del género (la invasión extraterrestre), situándola incluso en la época de los precursores de la moderna ficción científica, para tratarla con un punto de desenfado —¿y si los terribles visitantes extraterrestres fueran simples turistas, tal vez una pareja en su luna de miel (en su Tierra de miel, en esta caso)?—, saliendo al paso de esas narraciones apocalípticas que tanto abundaron en la infancia del género.*

CARLO FRABETTI

# CALLIOPE, GHERKIN Y EL MONSTRUO YANQUI

Evelyn E. Smith

*Todo el mundo sabe que en el argot underground se llama «viaje» a la experiencia psicodélica propiciada por ciertas sustancias amplificadoras del área de la conciencia (lo que los conservadores insisten en llamar drogas, término que debería reservarse a la TV, el fútbol, etc.).*

*Esta es la divertida y desmitificadora historia de una pareja de adolescentes que hicieron un viaje que fue un auténtico «viaje»...*

Aunque no tengo la presunción del joven David Copperfield de poder recordar sucesos que ocurrieron incluso antes de que yo fuese concebido, la serie de acontecimientos que abocaron por fin a mi aparición en este planeta me han sido contados tan a menudo y con tanto detalle por todos los que estuvieron relacionados con este hecho, que ni siquiera mi madre pudo calificar de afortunado, que me siento en muy superiores condiciones para poder narrarlo tal como fue que muchos de sus participantes directos, e incluso que muchos de sus bienintencionados, y por tanto doblemente culpables, manipuladores.

Mi historia... No; antes que la mía, la de aquellos dos no amantes marcados por el destino para amparar mi nacimiento, y que puede tener un comienzo arbitrario la tarde en que Gherkin, después de haber terminado sus clases del día, salió del colegio y entró en la tienda de refrescos con aire preocupado. Esta expresión abstraída que envolvía todo su rostro, aún amorfo, de adolescente, pasó inadvertida para Calliope, que estaba repleta de noticias y ansiosa por transmitir las. Por lo tanto, incluso su primera pregunta: «¿Dónde diablos te metiste el viernes por la noche?», que pudiera haberse tomado por una muestra de interés, no era más que pura retórica. Porque cuando Gherkin abrió la boca para empezar a contar todas las cosas maravillosas que le habían ocurrido aquel viernes por la noche, ella le interrumpió para dar rienda suelta a sus propias e insignificantes aventuras.

—Me cansé de esperarte, así que me fui sola al piso de Mattie. Imagínate que nos drogamos todos, o, bueno, casi.

Empezamos a animarnos de veras cuando apareció la poli y se nos llevó a la comisaría..., de manera no violenta —añadió, con cierto tono de disculpa, porque sabía muy bien que una detención, o incluso un arresto, sin confrontación dinámica era insuficiente para calificarla como activista sincera—. Luego descubrieron que la hierba que habían recogido en casa de Mattie no era más que «diente de gato», y como parece ser que no hay todavía ninguna ley que prohiba fumar eso, nos echaron a la calle... ¡Sin dinero para el transporte! —Al llegar aquí, en su relato, arrugó el entrecejo—. ¿Tú crees que es con eso con lo que nos hemos puesto por las nubes todo este tiempo en casa de Mattie? ¿Sólo con una vieja y vulgar *Nepata cataria*?

—Bueno, los gatos se embriagan con ella —dijo Gherkin, aún con cara de preocupación y sumamente tensa, lo que habría saltado a la vista si alguien se hubiese tomado la molestia elemental de fijarse en ella—. De modo que ¿por qué no la gente? Y hablando de gatos...

—¡Pero los precios que estaba cobrando Mattie...! Por una porquería que apenas si cuesta unos céntimos... Y con aire tan generoso, además; quiero decir que nunca pensé que fuese tan hipócrita. Lo peor es que ahora no tendré ningún sitio al que ir el viernes próximo. No es fácil encontrar un fumadero respetable en estos días.

Entonces pareció reconocer a Gherkin no sólo como una mezcla de auditorio comprensivo y muro de lamentaciones, sino como un individuo con la suficiente personalidad como para sufrir con ella. ¡Le estaba bien empleado por darle plantón! Así que continuó con cierta nota de gozo melancólico:

—De modo que tú tampoco tendrás adonde ir el viernes que viene, a menos que te hayas buscado otro lugar donde quizá yo no seré bien recibida, en cuyo caso no tienes más que decírmelo. No soy de las que hacen una escena por eso.

—¿Y si te callases un poco y me dieras una oportunidad para decir algo? He encontrado ya un nuevo sitio. Por eso no fui a casa de Mattie. Estaba haciendo un *viaje*.

Lo dijo con cierta vanidad porque ésta había sido la verdadera experiencia. Durante aquel fin de semana encontró la llave que abría el universo.

—Me embriagué y me embriagué, y fue como... —se detuvo buscando la palabra justa—, fue como..., ¡huhh! Me dijeron que podía volver la semana que viene y llevar a un amigo si quería —el gesto de invitación con que concluyó era casi cortés.

Calliope estaba impresionada, agradecida, asustada.

—¿Quieres decir... ácido? Pero oye, eso puede ser peligroso. Ya estoy enterada de que la ley está tratando de echar siempre por tierra todo lo que tiene algún significado, pero esto del ácido lo sé de buena fuente por un licenciado en Biología que lo conoce bien. El ácido puede alterar tus cromosomas, ya sabes a lo que me refiero, de modo que cuando tienes niños pueden incluso salir unos monstruos.

—¡No era ácido! ¿Crees que soy tan tonto como todo eso? Era otra cosa; algo nuevo. Algo... bueno, nuevo... Garantizado como totalmente inofensivo, según dijo el tipo aquel; sin efectos desagradables después, ni adicción, ni nada por el estilo.

¿Cómo podía ser tan crédulo? ¿Cómo se *atreve* a serlo y a vanagloriarse en su propia cara de su estúpida inocencia?

—¿Eres de veras tan simple como todo eso? ¿Crees que son ellos los que te dirán que a cada viaje que haces revientas una minúscula partícula de tu mente? Si lo dijeren no atraerían a nuevos clientes. De paso, ¿cuánto te hicieron pagar por esa cosa?

Gherkin titubeó un instante, pero acabó por confesar:

—Ni un centavo. Me dijeron que hacían esto..., bueno, como un servicio público.

—¡Chico! —El rostro y la voz de Calliope, incluso la manera como clavó su cucharilla en la bola de helado de *tutti-frutti*, denotaron el tremendo disgusto que sentía—. ¿Y tú te tragaste eso? ¿Nadie te ha hablado nunca de las arañas y de las moscas? Este asunto tiene todo el aire de una operación comercial. Seguro que te lo dan gratis la primera vez, muy barato la segunda y hasta puede que la tercera. Luego, cuando ya no puedes pasarte sin ello y vas a suplirlos de rodillas, empiezan a apretarte las tuercas. Es el sistema, nene.

—Pero esos tipos no son parte del sistema. Precisamente vienen de fuera de él. —Se detuvo un instante y luego añadió con acento muy manso, mientras se ponía en pie y se apoyaba contra la barra de madera—: Son diferentes.

—Tú eres diferente. Yo soy diferente. Pero no puede haber más diferencia que ésta.

Negro, blanco, macho, hembra... ¿No eran diferencias suficientes para todo el mundo?

—¿Qué importa? —dijo Gherkin, impaciente—. Son gente estupenda. ¡Todo lo que hacen es estupendo!

Pero la verdad es que la cosa no había comenzado de manera tan sencilla. En realidad lo había hecho de modo bastante feo, y él mismo pensó, todo lo que era capaz de pensar en aquellos momentos, que iba a ser uno de esos horribles viajes de los que se oye hablar pero que nunca cree que puedan ocurrirle a uno mismo, tan estable y tan bien equilibrado.

La muchacha le inquirió para que le dijese exactamente cómo había ingerido aquello, pero él no podía recordarlo. Sabía tan sólo que no se lo había tragado, ni inyectado, ni fumado.

—Tal vez era una especie de gas. Recuerdo que sentí un olor muy extraño cuando estaba a punto de acabarse, pero me dijeron que era aire puro y que no podía reconocerlo porque nunca había tenido la ocasión de olerlo antes.

Fuese lo que fuere aquello que le habían administrado le puso enfermo, verdaderamente enfermo; igual que si se hubiese mareado en alta mar. Y luego había sido cada vez peor y peor, irradiando desde el fondo de su estómago hacia sus extremidades, hasta que sus dedos y su cabeza estuvieron palpitantes y temblorosos. Después, lenta pero inexorablemente, fue como si comenzase a volverse de dentro afuera, en una agonía que se desarrollaba paso a paso, como si él mismo estuviese parado a cierta distancia de sí, viendo... no, mejor aún, observando su propia reversión. Los intestinos empezaron a enroscársele alrededor del cuerpo como un montón de serpientes, apretando, apretando cada vez con más fuerza, comprimiendo lo poco que quedaba de él en una pequeña bola oscura, en cuyo interior el cerebro gritaba de espanto hasta hundirse en la nada y perder el sentido.

Cuando recobró el conocimiento se encontró con que le habían vuelto a... recomponer, no solamente en otro lugar, sino en otro ambiente.

—Parecía un mundo distinto.

—Quieres decir como el mago de Oz en la Tierra Imposible, al otro lado del espejo. ¿Una cosa así?

Él vaciló un momento; luego dijo:

—Sí.

Aceptar esta descripción era más fácil que tratar de definirla él mismo. A continuación intentó dar los detalles. Había visto colores que no eran parte del espectro que conocía..., oído sonidos que eran..., bueno, no tenía palabras para describirlos. Pero la peor parte estaba terminada, concluida, disuelta; a partir de ese instante todo era bello.

Gherkin se expresaba vagamente, como si estuviese flotando en el aire (aquella cosa, sin duda, dejaba una estela de efectos posteriores, no importaba lo que te hubiesen dicho). Calliope le preguntó qué o quién había estado con él en aquel universo elemental del sueño, no porque tuviese mucho interés en saberlo (había oído contar alucinaciones

mejores), sino porque quería ayudarle de alguna forma a volver a lo que usualmente pasaba por realidad. Después de una pausa, él dijo que había «una especie» de gente. Y entre ella una persona especial. En resumen, una chica. Pero distinta de todas las chicas que había conocido; realmente distinta: era verde.

—En verdad que estás obsesionado con esto de los colores, ¿eh, cariño? Blanco y negro no son bastante para ti, como lo son para la mayoría de la gente. ¡Necesitas tener el verde también!

—Todo el mundo allí, todo el que *pertenecía* y vivía allí, era verde —respondió un poco a la defensiva—. No quiero decir que su piel fuese realmente verde...

—Bueno, es un consuelo. Ya tenemos bastantes problemas cromáticos...

—Me refiero a que todos tenían pelambreira verde, de modo que difícilmente puedo saber de qué color era su piel.

—¿Tu niña de ese otro mundo estaba cubierta de pelo..., como un gorila? Tengo que confesar que, de ser así, sería *realmente* diferente.

Gherkin estaba molesto.

—No era como un gorila; en absoluto. Tenía una pelambreira suave y delicada, como pelusa... —Calliope hizo una mueca y él sonrió, a pesar suyo, y se corrigió diciendo que era «como plumón o como terciopelo».

—Supongo que también tenía cola.

—Pues sí, desde luego. Y eso era lo que la hacía tan hermosa. Quiero decir que no tienes idea lo excitante que puede resultar una cola cuando... —pero no terminó la frase.

—¿Estás insinuando que te acostaste con ese ser de piel verde?

Gherkin no contestó, pero por la expresión obscenamente embobada de su rostro, ella estuvo segura de que sí, y de que había sido, además, una buena escena.

—¡Eh, Callie! —explotó él de pronto—. Era sólo en mi mente, de modo que ¿qué importa? He tenido sueños parecidos antes.

Sin embargo, por la manera de hablar y por la expresión de su rostro, era seguro que nunca, ni dormido ni despierto, había encontrado ninguna chica como aquélla. No es que tuviera mucha experiencia sexual, y Calliope, para su propia vergüenza, ninguna en absoluto, pero, aunque virgen todavía, estaba segura de que, tan pronto como la iniciasen un poco en la cuestión, podría ser más excitante que ninguna otra chica en el mundo entero. A veces pensaba que la razón por la que Gherkin no ensayaba con ella ningún contacto físico radicaba en que le parecía un poco ridículo hacerlo con una principiante, y a menudo se preguntaba también si no tendría quizá alguna especie de inhibición a este respecto (sobre esto ella tenía sus propias teorías). Pero lo que sentía en muchas ocasiones era que, no importa lo liberal y humanística que se mostrase con él, Gherkin continuaba sintiéndose incómodo con la cuestión de la virginidad. Si era así, podía deducirse que su alucinación de hacerlo con una chica cubierta de pelambrea significaba que estaba intentando superar el rechazo que sentía hacia ella. Claro que esto no era sino una manera de mirar las cosas, según la psicología de primer grado. No, la verdad del asunto probablemente era que sólo la consideraba como una hermana.

Por la manera como Gherkin estaba sonriendo para sus adentros, ella estaba segura de que la muchacha verde era mucho más que una mera proyección fantástica con la que había pasado un fin de semana imaginario. Podía haber, también, una explicación lógica.

—Quizá mientras estabas soñando con ese ser de pelusa verde lo hacías realmente con una de las chicas que viajaban contigo.

—Eso es lo curioso: no había nadie más haciendo el viaje. Nadie que yo viese, por lo menos, excepto los indivi-

duos que habían montado la cosa, y tengo la impresión de que ellos no participaron. Eran más bien del tipo frío, cerebral.

Ella se alegró de encontrar una buena razón para exponer con palabras su desagrado:

—Pero eso está mal. Hacer un viaje solo es... morboso, completamente pervertido. El viaje tiene que ser una cosa en conjunto o se convierte únicamente en otra evasión; ya sabes a lo que me refiero. Los verdosos, los que estaban sólo en tu mente, no cuentan.

Gherkin dijo que, en realidad, tenían un nombre, pero lo había olvidado en el camino de regreso... Había visto otros seres alrededor, a lo lejos; seres de su misma especie, sin pelambreira y... sí, sí, eso era cierto, negros, y también blancos. En aquel momento no les había prestado mucha atención. ¿Quién iba a molestarse en mirar a seres humanos, con su escurridiza y fea piel color de rosa (o morena, o negra), que casi parecía de plástico, cuando estaban aquellos seres verdes, de suave pelaje y muchachas como..., demonios (recordemos que se le había olvidado su nombre) a las que mirar y amar?

Naturalmente, continuó antes de que Calliope pudiera interrumpirle, ya sabía que los humanos que había visto no contaban más que los verdes, a pesar de que se trataba de realidades. Debían de estar en su mente también. Pero parecía como si fuese una experiencia de grupo, de modo que era una buena escena.

Ella le dijo que había sido malo, no importa lo noble que pareciese a primera vista, porque la soledad era la raíz de todos los males, lo que conducía a la locura a los seres humanos, a la pérdida de la identidad y a toda clase de obsesiones. El instinto tribal era el único sólido que tenía el hombre, y el único que, posiblemente, podía conducirlo hacia adelante.

Gherkin rogó a la muchacha que dejase de darte lecciones; hablaba como una madre y él ya tenía suficiente con la

suya.

—Intenté llamarte durante el fin de semana —dijo Callie—. Había dos conciertos y una manifestación en Central Park, y pensé que podíamos haber ido juntos, pero nadie cogió el teléfono en tu casa.

Mientras lo estaba diciendo se preguntó qué habría pasado de contestar otra persona que no fuese el mismo Gherkin, ya que nunca había tenido ocasión de llamarle hasta entonces porque casi siempre el muchacho estaba con ella. Nunca había visto a sus padres, ni él a los de Calliope, porque nadie presentaba sus padres a nadie por aquel entonces. Ni se les iniciaba en nada de lo que era verdadero y decente. Simplemente se les dejaba en su sitio, mientras que todavía hubiese uno para ellos. Ni siquiera les hacían saber los nombres reales por los que se les llamaba en la pandilla.

Sin embargo, ¿se hubiesen adaptado los dos tan bien a los cánones de la vida de tribu, de haber sido sus padres respectivos diferentes de lo que eran?

La madre de Calliope era maestra de escuela, y el padre trabajaba en la oficina de Correos. Los dos pertenecían a «las buenas causas». Su madre con más intensidad aún, debido al tipo de trabajo que realizaba. De una maestra se espera que tome parte activa en ellas si sabe lo que le conviene. Pero, en el fondo, ninguno de los dos era lo que su hija hubiese considerado como verdadero «militante». Habían trabajado muy duro para alcanzar su nivel respetable de clase media y no estaban dispuestos a renunciar a él fácilmente al simple grito de guerra del «Tío Tom». Aunque eran lo bastante astutos para no declararlo abiertamente, algunos de sus mejores amigos eran blancos, y en ocasiones se sentían un tanto incómodos con ellos.

Tanto el señor como la señora Fillmore habían nacido en Harlem antes de que la Prensa comenzase a llamarlo un *ghetto*.